[illegible]

Este libro se vende en Madrid, por 8 rs., en la librería de su editor D. Leon Pablo Villaverde, calle de Carretas, núm. 4. El mismo Sr. Villaverde le remitirá por el correo, franco y certificado, al que se le pida por medio de carta franca mandándole 10 rs.

En dicha librería se encuentran de venta libros de todas clases y entre ellos los siguientes que se remiten porte pagado y certificados, con solo dirigir el pedido de los que se deseen á la espresada librería, acompañando su importe en libranzas ó letra de seguro cobro, á favor de D. Leon Pablo Villaverde.

Novísimo manual de quintas, que contiene la Ley de quintas, el Reglamento vigente para las exenciones por defecto físico, la Ley sobre fondo de redenciones y los Reales decretos, Reales órdenes, Circulares etc., que han salido sobre esta materia, todo comentado, anotado y concordado, y añadidos formularios por un abogado de esta Corte, cuarta edicion aumentada y corregida, 8 rs.

Novísimo manual para los Juzgados de paz: contiene nociones de derecho civil, toda la legislacion especial de Juzgados de paz, seguido de estensos formularios para los diferentes casos que pueden ocurrir, por D. Juan de D. de la Rada y Delgado, abogado de la Real Casa, etc., 10 rs.

Código penal: edicion que contiene íntegro el texto oficial, todas las disposiciones oficiales publicadas posteriormente aclarándole ó reformándole, anotado además con ilustraciones deducidas de su aplicacion, decisiones del Tribunal Supremo, formularios y un diccionario del *Código* para su mas fácil consulta. Obra dispuesta por el mismo Sr. Rada, 10 rs.

Ley de Enjuiciamiento civil: obra dispuesta en la misma forma que el *Código penal*, y por el mismo autor, 10 rs.

Código de Comercio, anotado, concordado y adicionado con disposiciones referentes al mismo, y un diccionario alfabético, por J. M. Ordoñez, 10 rs.

Ley de Enjuiciamiento mercantil, 12 rs.

Ley hipotecaria precedida de la exposicion de motivos de la Comision de Códigos y anotada por el Sr. Muñoz, 12 rs.

Dichos y sentencias célebres de los principales filósofos, emperadores, oradores, poetas, doctores, etc., 4 rs.

El Buen Sancho de España, coleccion de máximas, proverbios y refranes acerca de la agricultura, ganadería, la moral, higiene, meteorognosia y economía rural, 4 rs.

Manual teórico práctico de contratacion con arreglo á la nueva ley hipotecaria, que contiene cuantos formularios puedan ocurrir, precedido cada uno de la doctrina legal, por D. J. D. Carreiras, 20 rs.

Comentarios á la legislacion vigente de minas y sociedades mineras, con la parte oficial íntegra, por los Sres. Sampedro, 16 rs.

Manual de práctica forense, por D. Eugenio de Tapia, autor del Febrero novísimo, etc., etc., 5.ª edicion, arreglada á la nueva Ley de Enjuiciamiento civil, completada con una coleccion de formularios, obra necesaria á los curiales y litigantes, 12 rs.

Manual teórico-práctico de los juicios de inventarios y particiones de herencias, por D. Eugenio de Tapia, 14 rs.

Guia práctica de labradores, hortelanos, arbolistas y jardineros, por J. G. Sanz, 2 tomos, 24 rs., 3.ª edicion.

Novísimo prontuario de papel sellado con las disposiciones posteriores y un Diccionario para su fácil manejo, por E. Freixa, 4 rs.

Manual del cosechero de vinos, método de hacer el vino fuerte, licoroso y de duracion, por J. M. Nieva; cuarta edicion aumentada con el cultivo de la vid, 8 rs.

ESCENAS

DEL SIGLO DE LAS LUCES.

Drama en tres actos y en verso,

ORIGINAL DE

DON JUAN DE ALBA.

Este drama ha sido aprobado para su representacion en los teatros del Reino.



MADRID.

IMPRENTA DE DON JOSÉ MARÍA REPULLÉS.

Octubre de 1853.

PERSONAGES.	ACTORES.
D.ª Pilar.	*Hernandez (D. J.)*
D.ª Dolores.	*Segura.*
Marquesa.	*Hernandez (D. M.)*
D.ª Julia.	*Molina.*
D.ª Adela.	*Sta. Toral.*
Gertrudis.	*Carrillo.*
Marqués.	*Alba.*
Conde.	*Diez.*
Vizconde.	*Carratalá.*
D. Andrés.	*Egea.*
D. Juan.	*Burgos.*
D. Marcelo.	*Alberá.*
D. Cárlos.	*Estrellas.*
Alberto.	*Pardiñas.*
Lucio.. } *Criados.*	*Plantel.*
Isidoro. }	*Toribio.*
Elegante 1.º	*Plá.*
Idem 2.º	*Barisó.*
Idem 3.º	*Garralon.*

Acto primero.

Sala elegante: muebles de todo lujo: cuatro puertas laterales: candeleros encendidos. Foro de otro salon con arañas encendidas. Mesa con escribanía en escena.

ESCENA PRIMERA.

GERTRUDIS. LUCIO.

Lucio. Viva, viva la alegría;
dicen que todo va bueno;
que el señorito Vizconde
ha conseguido un empleo
y va á marchar de Madrid;
pero la señora, pienso
que no es de su parecer,
pues la corte es su embeleso.
Pero diga usted, Gertrudis,
usted que como un podenco
husmea, no ha conocido
lo que causa el negro gesto
que tiene doña Dolores?
porque yo mucho me temo...

Gertrudis. Usted siempre es malicioso
y amigo de los enredos;
yo no me meto en camisa
de once varas, pero creo,
y razon tengo en verdad,
que usté es curioso en estremo:
que la señora esté triste...
á usted qué le importa eso?
Le paga á usted su salario?

:

Lucio. Pero Gertrudis, si veo
en esta casa unas cosas,
que á veces me dejan lelo;
pero entre todos los hombres
que aquí concurren, cuál de ellos
dirá usted que mas me asombra?

Gertrudis. Y yo qué sé?

Lucio. Va usté á saberlo.
Pues es ese personage
mas poderoso que Creso,
segun dicen nuestros amos
así... con cierto misterio,
que vino de allá!... de América,
á gastar aquí el dinero;
trajo al Conde muchas cartas
de amigos, segun entiendo,
tambien condes y marqueses;
el caso es que aquí al momento
no hallaron dónde ponerle
respetándole en estremo...
parece que infunde á todos
pavura su noble aspecto.

Gertrudis. Déjese usted de tontunas;
mas cómo en tan poco tiempo
tantas cosas ha notado?
Ayer llegó de Burdeos;
ayer vino por la noche,
y usted ya observó...

Lucio. Todo eso;
es que volvió esta mañana...

Gertrudis. Alguien llega á este aposento;
ya estamos aquí de mas.

Lucio. Es verdad, vamos adentro. (*Vanse los dos.*)

ESCENA II.

EL VIZCONDE, ALBERTO.

Alberto. Sí, Vizconde, me ha asombrado...

Vizconde. Qué tiene de estraño, chico?
acaso tan mal me esplico?
no puedo ser diputado?

No he visto á mas de un camueso
figurar mucho en política?
Por qué he de temer la crítica
en el salon del congreso?
Yo tengo un alma fosfórica,
y sé bien cuando argumento
esplicarme con talento;
como que estudié retórica!
Y como entiendo el registro
que he de tocar en la corte,
y es elegante mi porte...
pienso llegar á ministro.

Alberto. Si logra destino tal,
hágame usted un favor. (*Con ironía.*)

Vizconde. Qué quieres?

Alberto. Ser director
de la hacienda nacional.

Vizconde. De la hacienda? Bien, corriente:
yo te iba á dar otro empleo,
que mas lucrativo creo.
Partiquino del Oriente.

Alberto. Tanto valen los bemoles
de un partiquino estrangero?

Vizconde. Puf! (*Exagerando su valor.*)

Alberto. Pues entonces Valero...
Romea...

Vizconde. (*Con menosprecio.*) Son españoles.

Alberto. Mucho mejor.

Vizconde. Mal deduces.

Alberto. Pues qué, ¿no es mas justo...

Vizconde. Dale!
Lo estrangero es lo que vale
en el siglo de las luces.

Alberto. Tiene usted mucha razon,
y no espere que me asombre
no en vano este siglo el nombre
lleva de la ilustracion.

Vizconde. Está bien denominado,
aunque te parezca mal.—
Qué hay en el Teatro Real
para esta noche anunciado?

Alberto. No lo sé; vea usté el drama

del Español, que es divino:
de Gutierrez y Asquerino.

Vizconde. Y dime, ¿cómo se llama?
hecho será á toda ley,
á juzgar por los autores,
pues son buenos escritores.

Alberto. El Tesorero del Rey.

Vizconde. Antes voy al Teatro Real,
donde la elegancia brilla;
despues veré del dramilla
por lo menos el final.

Alberto. (Vaya un talento! promete.)
De que acabe el si bemol,
irá usted al Español... (*Marcada ironía.*)
como aquel que va al sainete.

Vizconde. Eso... sarcasmo se llama;
iré á verle, aunque empezado.

Alberto. Pues quedará usté enterado
de las bellezas del drama.
Ay!! aquí viene el papá.
(Me marcharé, pues me humilla,
en dándole esta letrilla,
que pienso le gustará.)

ESCENA III.

DICHOS. EL CONDE, *por la puerta de la izquierda.*

Conde. Hola, muchachos! Qué haceis?
la ociosidad, perniciosa
es para la juventud;
para alcanzar la corona
del talento es necesario...
(*Demostrando en sus gestos á su hijo que se marche.*)
Hoy he comido unas ostras
riquísimas... es preciso...
hombre, siempre me incomodas (*A su hijo.*)
cuando voy á perorar;
mis bellas frases ahogas,
y... ya perdí la ilacion.
A ver, jóven, esas coplas... (*A Alberto.*)

Alberto. No soy coplero, señor,

soy poeta.

Conde. Me encocoras;
poeta, ó coplero, es todo
creo una idéntica cosa.
En fin, jóven, el deber
que te impuse, nunca estorba
que te recuerde; un poema
compusiste en Barcelona
del cual atento me hiciste
una gran dedicatoria.
Le leyó un sabio y me dijo,
el bate es jóven de nota;
ha hecho buenas producciones,
pero es desgraciado; hola!
dije al momento, este hombre
tiene una madre achacosa;
dió la gran casualidad
de que tú á las pocas horas
para tu madre vinieses
á pedirme una limosna:
entonces te dije: jóven,
necesito tu oratoria,
tú eres hombre de talento,
yo no le tengo de sobra;
una cosa á ti te falta,
á mí me falta otra cosa;
dices que tu pobre madre
está enferma y medio loca;
pues bien, que nada te falte,
ya tiene quien la socorra;
pero yo tengo dinero,
y ambiciono á toda costa
que el mundo me juzgue un sabio:
mi posicion es hermosa;
soy conde de Rios-bajos,
y á mi nombre falta gloria;
de lo que te sobra, dame,
de lo que te falta, toma.
Tú por salvar á tu madre
mi propuesta ventajosa
aceptaste: con tu pluma
me hicistes hombre de nota.

Alberto. Pero mi madre se muere
porque en el pueblo no logra
tener bastantes recursos;
necesita dos personas
para asistirla... es preciso,
que no por misericordia
á ella se acerquen.

Conde. Muy pronto
tendrá asistencia mas cómoda,
si presentes tus palabras
conservas en la memoria.
«Como á mi madre salveis
(dijiste), nada me importa
que me tengais por esclavo.»
Vaya, por qué te sonrojas?
Voy á mi despacho; adios:
me vendiste tu persona.
(*Se va primera puerta izquierda.*)

ESCENA IV.

ALBERTO.

Tiene razon: me vendí,
la vergüenza me sofoca;
mas me vendí por mi madre...
Tal venta no me deshonra.
Yo el fruto de mis veladas
no he encontrado una persona
que haya querido comprar,
ni aun leer, porque mi ropa
demostraba la miseria;
por eso mi pluma ahora
está vendida... por eso
cuando mi inspiracion logra
hacer algo de provecho,
y el Conde firma la obra,
y oigo á las gentes do quiera
que la produccion elogian,
vierto sangre en vez de llanto
y el alma se me destroza.
Pero, en fin, mi madre vive,

aunque enferma; ella sola
consuela mis amarguras,
su cariño es mi corona.

ESCENA V.

ALBERTO. ADELA.

Adela. Alberto!
Alberto. Querida hermana!
Por qué tan pálida estás?
Acaso padecerás
pensando en la pobre anciana.
Adela. La carta de ayer ¡oh Dios!
ya su muerte predecía...
Alberto, si llega el dia...
Ay! qué va á ser de los dos?
El dinero que nos dá
el Conde no es suficiente
para que completamente
se cure nuestra mamá.
El médico nos decia
en su carta: «Amigo Alberto,
la madre de usted no ha muerto,
pero peligra este dia.»
Alberto. Sí; mas luego por posdata
me decia: «En este instante
se reanima su semblante,
que el rojo carmin retrata.»
Eso me decia, sí;
bien lo leimos los dos,
y así concluia: «En Dios
fíe usted, y luego en mí.»
Adela. Ah! tú me vuelves la vida.
No morirá... qué delirio!!
Suframos los dos martirio
por nuestra madre querida.
Aunque á ese mundo le cuadre
tratarnos con crueldad,
eso no importa, verdad?
Sufrimos por nuestra madre:
aunque negarte no puedo

que cuando te miro ajado,
y por necios maltratado,
al dolor y al pesar cedo.
Tú que tienes corazon,
honradez y sentimiento,
valor, virtud y talento,
y un raudal de inspiracion...
Tú tenerte que humillar
ante tantos ignorantes
que se gozan insultantes
en hacerte avergonzar...
Ah! no lo sufras, yo iré
á mendigar por las calles,
porque en tu camino no halles
quien te huelle con el pié.
Yo por mi madre y por tí,
ya que no tengo otra hacienda,
si es preciso que me venda
como esclava, lo haré, sí.
Sea escarnio de la gente,
sígame su odio inhumano,
pero al menos que mi hermano
con orgullo alce su frente.

Alberto. No, que juntos sufriremos
de la suerte los rigores,
y de entrambos los dolores
en uno confundiremos.
Si el destino nos lanzó
una herencia infamatoria
viniendo á eclipsar la gloria
del padre que el ser nos dió,
no fué el delito probado;
pues si cual reo murió,
mártir despues le creyó
el que le hubo condenado.

Adela. Padre del alma; á tu viuda
la quedó deshonra y dolor,
es muy desdichada; solo
nuestro cariño la escuda.

Alberto. Y siempre la escudaremos
aunque nos mate el rigor,
y de nuestro puro amor

esa ofrenda le daremos.

Adela. ¿No es verdad, hermano mio,
que al recordar que padeces
por una madre, engrandeces
mucho mas tu poderío?

Alberto. ¿Y no es cierto, hermana mia,
que aunque al hado herir te cuadre,
al sufrir por una madre
sientes en tu alma alegría?

Adela. Ah! si, si: pues padezcamos.

Alberto. Las injurias toleremos.

Adela. Los insultos despreciemos.

Alberto. Suframos.

Adela. Eso es, suframos.

Alberto. Ahora á servir.

Adela. Muy bien dices.

Alberto. Yo al conde.

Adela. Yo á mi señora.

Alberto. Qué dichosos somos ahora.

Adela. Muy felices.

Alberto. Muy felices.

(Adela se retira por la puerta de la izquierda, y al dirigirse Alberto al foro sale don Marcelo.)

ESCENA VI.

ALBERTO. DON MARCELO.

Marcelo. Qué hace el señor escribiente
del conde de-Rios-bajos?

Alberto. Nada, don Marcelo, nada.

Marcelo. Nada? Ocupacion de vagos.
No te pareces á mi,
que siempre rendido me hallo;
me levanto cuando el sol
va caminando al ocaso;
cuando tomo el chocolate
la noche tiende su manto;
en seguida un paseito...
en mi coche, no á caballo,
porque el cuerpo bambolea,
y esto siempre es un trabajo;

hago el almuerzo comida
á las once menos cuarto;
á las doce tomo el té;
y á eso de la una, me marcho
á ver á mi bailarina;
á las tres ya estoy bailando...
digo... mirando bailar
en mi butaca tumbado:
á las cuatro, ó cuatro y media,
tomo dulces y un helado;
á las cinco vuelta al coche,
que me conduce volando
á ver á mi prima-Donna;
con ella estoy conversando
hasta las doce del dia;
vuelvo en seguida á mi cuarto;
opiparamente ceno;
luego me fumo un cigarro;
despues me meto en la cama.
Bien tú ves por mi relato
que por el dia y la noche...
siempre me encuentro ocupado...
que en el siglo de las luces,
por el cual atravesamos,
así viven las personas
de buen gusto y alto rango.

Alberto. Es cierto; mas ya ve usted...
yo, un pobre escribiente, paso
mi existencia de otro modo;
por el dia trabajando;
por la noche, leo un poco
mientras la luz dá sus rayos,
y luego en mi humilde cama
hasta amanecer descanso.
Cuando la rosada aurora
viene el velo desgarrando
de la solitaria noche;
cuando en su trono dorado
se va presentando Febo;
cuando gorjean los pájaros;
cuando nuestro globo, en fin,
despierta de su letargo,

entonces alzo mi frente
al Señor de lo creado;
entonces contemplo el cielo
limpio, azul, sereno y claro;
miro á la tierra, y las flores
veo erguidas en sus tallos;
y al ver la naturaleza
en delicias rebosando
y queriéndose elevar
hasta el Dios que la ha formado,
lloro de fé religiosa,
de placer y de entusiasmo...
pero yo soy un imbécil...
estais la risa aguantando...
reid... sí.... soy un idiota...
perdonad... no me hagais caso.

Marcelo. Antes, sí, pues me diviertes.
Por qué no te vas al campo
á cuidar cabras? allí tendido
junto á los álamos
contemplarias el cielo...
qué placer tan soberano!...
Pobre mozo! anda á escribir,
pues tú en el bello sarao
que se prepara, no es bien
que estés en trage tan raro.
Dónde compraste ese frac?

Alberto. Don Marcelo, selle el labio,
pues quiero mas, aunque viejos,
estos raidos harapos
comprados honrosamente,
que... adios, me estan esperando.
(*Vase por el foro.*)

ESCENA VII.

DON MARCELO. *A poco* PILAR, *por la puerta de la derecha.*

Marcelo. Si ese ruin me tendrá en poco!
pero á mí qué se me dá?
por eso no me sofoco:
la que le armo ya verá.

A los piés de Pilarcita,
se pone su siervo humilde;
no miento ni en una tilde;
ay! qué cosa tan bonita!

Pilar. Usted, siempre tan galante...

Marcelo. Y usted siempre tan hermosa...

Pilar. En cuanto á eso, poca cosa.

Marcelo. Es divino ese semblante;
conjunto es usted de hechizos.

Pilar. Viene usted poco sincero...

Marcelo. Quisiera ser peluquero,
para hacer á usted los rizos.

Pilar. Bravo, viene usted jocoso.

Marcelo. Hago á usted gracia?

Pilar. Infinita.

Marcelo. Ay, Pilar! ay, Pilarcita!

Pilar. Hace usted tambien el oso!

Marcelo. Señora! (*Amoscado.*)

Pilar. Ja, ja, ja, ja!
no se enoje usted, si es chanza.

Marcelo. No obstante, quiero venganza.
(*Queriendo besarla la mano.*)

Pilar. Ya es tarde. Andrés viene.

Marcelo. Ah!

ESCENA VIII.

DICHOS. DON ANDRÉS y CÁRLOS, *por la puerta de la derecha.*

Andres. Caballero don Marcelo,
beso á usted la mano, amigo:
bueno?

Marcelo. Gracias; y don Cárlos?

Carlos. Bien, gracias; siempre usted fino.

Marcelo. No fino, mas me interesa
la salud de los amigos:
la amistad! sagrado nombre!
mucho á ustedes les envidio:
ah! dos amigos así!
no se encuentran en el siglo.

Andres. Es verdad, nos estimamos
desde que nos conocimos,

y leales y constantes.
somos los dos felicísimos;
digo, yo soy mas feliz,
no hay duda, pues he reunido
un amigo como él,
y una esposa que es mi hechizo.

Carlos. Ves? se me saltan las lágrimas
de alegría.

Pilar. A mi lo mismo,
y aun creo que á usted...

Marcelo. No, hija;
hace poco que he comido,
y yo despues de comer
las emociones no admito.

Carlos. Pero...

Marcelo. Decia mi padre...
(Dios le tenga en su recinto)
hijo, por nada te apures;
por nada te exaltes, hijo;
sigue mi ejemplo, que es sabio;
me comprendes? yo al principio,
y yo despues, y yo al fin,
por los siglos de los siglos.

Andres. Don Marcelo, usted perdone,
pero eso es egoismo,
mala intencion...

Marcelo. Disparate;
á nadie nunca he ofendido,
pero cada uno se entiende;
jamás haré un beneficio,
porque sé que con hacerlo
se hacen ingratos, no amigos;
si una limosna en la calle
viene á pedirme un mendigo,
eso, sí, saco la bolsa,
le doy, sigo mi camino,
pero pensando en que el pobre
que me dijo compungido
«hermano, Dios se lo pague,»
mira á la moneda el brillo,
y si le parece poco
lo que le di, con ahinco

queda diciendo entre dientes...
«Asi se rompa el bautismo.»
Pero yo al hacer la obra
de caridad, no imagino
ganar un amigo, no,
porque eso fuera un delirio;
pero hacer yo como otros
en la sociedad el primo
por mantener á vigardos,
que luego me den altivos
ó traidores, pago infame,
nunca lo haré: si el vecino
nô tiene ropa, ande en cueros;
si mi lejano sobrino
no tuviese que comer,
cómo ha de ser... Al hospicio!
A mí que nadie me pida,
porque yo á nadie le pido;
ahora tengo y me regalo:
cuando falto esté el bolsillo,
si puedo ganarlo, bien,
y si no, me pego un tiro.
Por eso nada me importa
cuando algunos basiliscos
dicen «que se hunde la patria!
Vamos á prestarla auxilio.»
Yo me meto en un rincon,
y á solas para mí digo:
si se hunde la patria, yo
no la he de poner ladrillos;
que acudan los albañiles,
que yo no entiendo ese oficio.
Este es mi sistema: es malo?
corriente, no solicito
que á nadie parezca bien;
yo me divierto infinito,
no hago el tonto inútilmente,
y en fin, del mundo me rio.

Carlos. Vamos, usted no comprende
ni ha sentido el patriotismo;
visto está que no conoce
los adelantos del siglo.

Marcelo. Los adelantos! Ja, ja!
aunque no soy erudito,
pues no cursé muchas aulas,
con madurez raciocinio:
sé que en los siglos pasados
las artes no tanto brillo
tenian, como ahora tienen;
pero no ignoro, hijo mio,
que ha habido grandes poetas;
que ha habido grandes caudillos,
y soberanos valientes;
y si no el gran Cárlos quinto
el emperador, don Jaime
primero, y los que no cito
por no molestar: autores!...
Cuándo en el mundo han lucido
como el gran Lope de Vega,
Calderon, Taso y Ovidio?
Y el satírico Quevedo?
Dirá usted que ahora infinitos
escritores tiene el mundo;
bien, pero á eso yo replico
que mas vale poco y bueno,
que no mucho y malo, amigo;
quiero una cuarta de raso,
y no diez varas de orillo.
Andres. Usted no tiene creencias!
Marcelo. Creo en todo lo divino;
mas juzgo lo terrenal,
todo farsa, todo efímero;
yo sí, marcho con la moda,
á mil funciones asisto;
y observando las costumbres
viciadas de nuestro siglo,
gozo cual ninguno goza,
porque de todo me río.
(*Van pasando convidados.*)
Pilar. Ya las gentes van pasando
hácia ese salon contiguo,
y mis lindas cuñaditas
de sus cuartos no han salido.
Y quién recibe las gentes?

Permitis, esposo mio,
que á los convidados vaya
á recibir, con tu amigo?

Andres. Con mucho gusto, querida.

Pilar. Pero acudirás solícito (*Con coquetería.*)
en mi busca, pues si no,
de la educacion me olvido,
y vengo á buscarte aquí;
ya sé que tienes martirio
con mis celos. Y qué quieres?
te amo con tanto ahinco
que... no hay que hablar con ninguna
en mi ausencia; no permito...
Adios... No besas mi mano,
poco galante marido?
No te sonrojes, ya sé
que es de mal tono y ridículo
mi desaforado amor,
mas tu perdon solicito.—
Que vayas pronto á buscarme...
Arréglame este prendido.
Gracias. Déme usted el brazo.
(*A don Cárlos.*)
Ea, adios, y cuidadito,
mira que yo lo sé todo.
Abur: á usted le confio. (*A don Marcelo.*)

Marcelo. (Me asusta tanto querer!)

Carlos. (Tanto le amas?)

Pilar. (Sí... muchísimo!) (*Con ironía.*)

ESCENA IX.

DON MARCELO. ANDRÉS. CONVIDADOS, *que atraviesan.*

Andres. Dígame usted: tal esposa
pertenece á nuestro siglo?

Marcelo. No señor; nació sin duda
en tiempo del rey Pepino.

Andres. Soy tan dichoso con ella!

Marcelo. Tiene un escelente pico...
quiero decir, elocuencia
para espresar su cariño.

Andres. No ha tenido tanta suerte
mi hermano Juan; pobrecillo!...
Marcelo. Sí, su esposa hipocondriaca
no me dá muy buen indicio.
Andres. Como usted ve, en esta casa
los tres hermanos vivimos
con esposas y papá,
y todos contrarios tipos:
mi hermano Luis un tronera;
su muger un basilisco;
mi cuñadita Dolorés,
triste como el dolor mismo;
y Juan su esposo, mi hermano,
de las orgías amigo;
yo soy el término medio.
Marcelo. Ese es el mejor, mi amigo.
(*Se oyen voces de don Juan, que sale con doña Dolores por la puerta de la izquierda.*)
Pero don Juan aquí viene,
y riñendo; poco juicio.

ESCENA X.

DICHOS. DON JUAN. DOÑA DOLORES.

Juan. Pues al baile has de venir.
Dolores. Iré para no enfadarte. (*Llorosa.*)
Juan. Es que no has de violentarte;
mas aun, te has de reir...
Adios, señores.
(*Reparando en los que estan en la escena.*)
Andres Qué es eso?
siempre llorando?
Juan. No llores,
que me cansan tus clamores
y me harás perdér el seso.
Dolores. Pues bueno, no lloraré.
aun cuando mi genio es otro!
Andres. Eso es ponerla en un potro.
Juan. Que se ria...
Dolores. Me reiré.
Juan. Mas qué causa tu afliccion?

Marcelo. (Quién sabe si algun desliz...)
Juan. No eres feliz?
Dolores. Soy feliz;
no sufre mi corazon...
no te atormentes y á mi
con una quimera vana:—
voy en busca de mi hermana
Julia; dónde se halla? (*A Andrés.*)
Andres. Allí. (*Señalando á la segunda puerta de la derecha.*)
Dolores. Aun me miras con enojos,
y ustedes con estrañeza,
porque observan mi tristeza
y el llanto que hay en mis ojos?
Es tan solo un desvario;
no hay causa para ello, no,
y esto es tan cierto, que yo
á veces de mí me rio,
señores... (ay corazon!!!
Torpe perspicacia humana!)
Me voy, me voy con mi hermana
á bailar á ese salon.
(*Se va por la puerta de la izquierda.*)

ESCENA XI.

DICHOS, *menos* DOÑA DOLORES.

Juan. Vé ó no vayas. Qué me importa?
me cansa tanto gemir...
yo me quiero divertir...
Marcelo. Sí, que la vida es muy corta.
Juan. Es para desesperarse
lo que á mí me está pasando;
mas por fortuna la cólera
nunca pasa de mis labios;
si ella siempre mogigata
le gusta estar sollozando,
yo gusto de las tertulias,
de paseos y caballos,
de fondas y de cafés,
de toros y de teatros;

y en fin, marido y mujer
debemos ser comparados,
yo al martes de Carnaval,
mi muger al viernes Santo.

ESCENA XII.

DICHOS. DOÑA JULIA, DOÑA DOLORES *y* EL VIZCONDE, *por la segunda puerta de la izquierda.*

Julia. Si tú sales, yo no voy.
Vizconde. Mujer, por San Caralampio!
Si yo á tiempo llegaré,
pero hago en otro sarao
falta...
Julia. Lo que tú quieres
es no estar nunca á mi lado.
Vizconde. Mujer, dos esposos juntos
casi siempre es lance raro!
tú no conoces las modas
de nuestro siglo ilustrado;
en el dia los esposos
estan como dos hermanos;
habitaciones distintas,
y separados los tálamos;
uno se va por aqui,
y el otro por aquel lado,
y allá cuando alumbra el dia,
y de gozar fatigados,
se retiran á su casa
y preguntan al criado...
—Chico, vino la señora?
ó el señorito fulano?...
segun quien primero llega;
(contesta el interrogado.)
Suena á esto la campanilla,
van á abrir. Quién ha llegado?
dice el amo,—es la señora?
ó vice-versa,—es el amo?
Contesta el criado; bien,
pues lleva luz á su cuarto,
dice el señor ó señora,

y no te olvides, pazguato,
de darla las buenas noches
en mi nombre; vé volando;—
con lo cual cada consorte
reposa... distantes ambos;
hé aquí el santo matrimonio
de nuestro siglo ilustrado.

Julia. Pues yo no quiero esa vida.

Andres. Ni yo tampoco, soy franco;
todo mi gusto es vivir
de mi bella esposa al lado
y disfrutar sus caricias...

Vizconde. Que una persona de rango
diga tantos disparates!
si fueras del pueblo bajo...
ay caro hermano! no hay duda!
á la antigua estás montado;
pero aquí sale papá.

ESCENA XIII.

DICHOS. EL CONDE, *por la puerta primera de la izquierda.*

Conde. Adios, señores:—muchachos,
por qué no estais recibiendo
á todos los convidados?

Andres. Si ya está Pilar, mi esposa,
con mi amigo...

Conde. Bravo, bravo!
Tu esposa, mucho la quiero;
es de virtudes dechado,
y tiene... cómo diré?
un despejo... soberano!
Vea usted qué diferencia
de Dolores... yo me abraso
viéndola siempre...

Dolores. Señor...
yo creo que á nadie falto;
mi genio es triste, es verdad,
pero obedezco y me callo.

Conde. Muy buena pareja harias
con el Alberto: muchacho!!
(*Tirando del llamador. Sale un criado.*)

Que baje al punto ese mozo...
mi escribiente, vé volando.
(*Vase el criado.*)
Voy á darle una letrilla
que há un instante he improvisado
para que la ponga en limpio:
se leerá en el sarao;
no sé si será de efecto,
mas pasaremos el rato.

Marcelo. Oh! siendo de usted, no hay duda:
tendrá mérito no escaso.

Conde. Gracias por tanto favor...

Marcelo. Con sinceridad siempre hablo...
pero qué veo? el Marqués.

ESCENA XIV.

DICHOS. EL MARQUÉS, *por el fondo derecha.*

Conde. Mil gracias; viene usté á honrarnos
asistiendo al baile! (Necio.)

Marcelo. (Este hombre me es antipático.)

Marques. Saludo á todos, señores!
Amigo y señor don Cárlos,
debiera estar en mi casa
ya las cuentas arreglando
como fiel corresponsal;
por usté en España me hallo...
A que ustedes no sabian
que el señor hace diez años
ya que maneja mis fondos?

Carlos. Señor Marqués...

Marques. Lo relato
por acreditarlo á usted (*Con ironía.*)
de probo, de leal y exacto.

Carlos. (Me hace temblar.)

Marques. Mas dejemos un asunto
estemporáneo
que á su tiempo.... Ea, á la fiesta.

Conde. Y qué tal, se ha descansado
del viaje?

Marques. Muchas gracias.

Perfectamente.

Conde. Lo aplaudo.
Y vendrá usted á bailar?

Marques. Oh! yo, Conde, nunca bailo.
Necesito pormenores (*A Cárlos.*)
del escribiente; acordaos.
Luego mi genio es tan corto,
que casi raya en uraño.
En Paris, el mismo duque
que á usted me ha recomendado
encargándome que al punto
le visitara en llegando,
cada semana tenia
por lo menos dos saraos,
y nunca conseguir pudo
verme divertido un rato.

Marcelo. Le compadezco, mi amigo;
haga como yo, que paso
la vida mas deliciosa,
comodidades gozando,
y riéndome del prójimo,

Marques. De él se rie usted? Cuidado,
que aquel que á cuchillo mata,
ya sabe usted el adagio.

Marcelo. Ay querido! en cuanto á eso
me encuentro muy sosegado;
he hallado un filon soberbio!!
ya hace tiempo que mi rango
se sostiene... y sostendrá....
hemos flotado tres barcos
que felizmente á las Indias
há tres dias han llegado;
tengo una empresa soberbia
marítima, y ahora vamos
á entrar en otro negocio
mis socios y yo...

Marques. Lo aplaudo.
Y esa empresa, en dónde?

Marcelo. En Londres.

Marques. Muy lejos está... yo he estado
al regresar de la Habana
allí diez dias, y traigo

letras contra un caballero;
mas como ayer he llegado
aun no he abierto mi cartera;
me informará usted si acaso...

Marcelo. Con que trae letras?...

Marques. Resultas
de cierta quiebra.

Marcelo. Ha quebrado
alguna empresa?

Marques. Para ella
acaso allí le prestaron
millon y medio?

Marcelo. ¿Y él sabe...
hombre, hable usted mas bajo.
Pero el negocio...

Marques. (Aun no es tiempo
de herirle.) No ha fracasado.

Marcelo. ¿Pero cómo sabe...

Marques. Yo hablo á veces con el diablo;
él me dijo el otro dia
que el señor Conde ha tratado
con cierto conspirador...
(*A don Marcelo.*)
Quiere usted saber los tratos?

Conde. (Silencio!!)

Marques. Yo soy prudente;
con que ministro de Estado?
Cuidado con la ambicion,
porque si dá un golpe en vago...
pero calle, don Marcelo
me mira sobresaltado,
y usted... Si todo era broma...

Conde. (Con Satanás tiene pacto.)

Marques. Ruego á ustedes se sosieguen,
pues llegan los convidados.

Marcelo. ¿Pero cómo sabe usted...

Conde. Quién á mí me ha calumniado?

Marques. (*A don Marcelo.*)
Cuidado con los negocios...
Ministro en ciernes, sed cauto. (*Al Conde.*)

ESCENA XV.

DICHOS. DOÑA PILAR. LA MARQUESA. CONVIDADOS.

Marquesa. Ah! señoras! Caballeros...
á ustedes beso la mano.
Eleg. 1.° Señor Marqués... (No le observas?)
Idem 2.° Ese hombre...
Idem 3.° Es recien llegado.
Marcelo. (Ya está aquí la vieja verde
con sus sesenta y dos años.)
Usted, señora Marquesa,
siempre tan bella; lo aplaudo.
(*En tono de burla.*)
Marquesa. Es usted lo mas galante...
Marcelo. Yo siempre lo bueno alabo.
Marquesa. Le concedo á usté una polca
por su finura.
Marcelo. (San Marcos!
y aun bailará esta tarasca!
para cuándo son los rayos!!)
Yo no polkeo, señora;
ya estoy un poco pesado;
pero usted jóven aun...
—Vamos á ver, cuántos años?...
Marquesa. (Qué insolencia!) se hace tarde.
Marcelo. Habia á usted preguntado...
Marquesa. Mas no se baila? Dolores,
siempre está usted sollozando.
Dolores. Casi siempre es de placer.
Juan. Tiene el genio un poco raro...
Pilar. (Si algun amante tendrá?)
Andres. Yo no me atrevo á pensarlo.
Pilar. Cuando el corazon no sufre,
á qué atormentar el ánimo?
Yo, como soy tan feliz
con mi esposo y mis amados
amigos, estoy alegre.
Eleg. 1.° Esa es buena!
Idem 2.° Sí.
Pilar. Pues vamos
al salon.

Conde. Espera un poco,
que llega mi secretario.

ESCENA XVI.

DICHOS. ALBERTO, *que saluda á todos.*

Marques. (Este debe ser!)
Marquesa. (Qué frac!)
Eleg. 1.° (Qué ridículo!)
Marques. (Menguados!)
Conde. Marcha á copiar estos versos,
y escribelos ahi volando.
Dolores. (Cuánto sufre el infeliz!)
Alberto. (Ninguno me ha contestado,
al inclinar mi cabeza!)
Marques. (Observemos sin descanso.)
Marquesa. Con que, habrá versos?
Bravísimo! Ea, al salon.
Marcelo. (*A la Marquesa.*) (Pero cuántos?...)
Marquesa. (Cuántos bailes le concedo?
Uno.)
Marcelo. No, no es eso.
Marquesa. Cuatro.
Marcelo. Si hablábamos de la edad.
Marquesa. Ah! sí! de... (mal rejonazo!)
Marques. (Cuánto imbécil!)
Marcelo. (Me dijisteis?...)
Marquesa. A las señoras el brazo.
Marcelo. Tome usted el mio, Marquesa.
Marquesa. Muchas gracias.
Marcelo. (Con que cuántos!)
Julia. Tú conmigo. (*A su marido.*)
Vizconde. (Siempre al potro.)
Juan. (Vamos al baile.)
Dolores. Sí, vamos.
Conde. (*A los elegantes.*)
De que los copie, leeré...
Eleg. 1.° Serán buenos!...
Idem 2.° Si es un sabio!!
Conde. Gracias, gracias... al salon:
y usted no viene? (*Al Marqués.*)
Marcelo. Ya marcho. (*Vase el Conde.*)

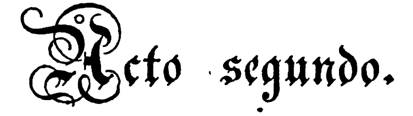
Eleg. 1.ª Cuántos triunfos...
Idem 2.ª Cuántas glorias... (*Vanse.*)
Alberto. Oh! siglo, siglo ilustrado!
(*Todos se van por el foro de la izquierda.*)

ESCENA XVII.

ALBERTO *ha dejado caer la cabeza sobre un bufete:* EL MARQUÉS *le contempla.*

Marques. Jóven, alce usté esa frente,
que asi estar es cobardia;
tenga usted filosofía;
hay un ser Omnipotente.
Alberto. Voy perdiendo la creencia;
solo desgracias presiento.
Marques. Pero usted tiene talento,
y ademas tiene conciencia.
Alberto. Mas, que estrañe no le asombre
ese interés; no sabré
por favor quién es usté?
Marques. Quién soy?
Un cualquiera... un hombre...
Alberto. Que usted se me burla infiero...
Marques. Puede ser...
Alberto. Si no es así,
por qué no me dice á mí
quién es usté?
Marques. Un caballero.
Alberto. Entre necios y traidores...
vieran un noble mis ojos...
Marques. Ya sabe usted que entre abrojos
lozanas crecen las flores.
Alberto. Mas...
Marques. Mientras que pueda alentar
el que atesora talento,
demuestre su entendimiento
con padecer y esperar.
Alberto. Ya perdí la confianza!
Marques. Vuélvala usted á adquirir.
Alberto. Si mi destino es sufrir...
Marques. Hay un Dios; fé y esperanza.

FIN DEL ACTO PRIMERO.



Habitacion modestamente amueblada.

ESCENA PRIMERA.

ADELA.

Todos á gozar se aprestan,
y pues concluí el tocado
de mi señora, bien puedo
aquí en mi modesto cuarto
descansar de las faenas
que me dan tormento tanto.
Ah! pero yo sufriria
dolores aun mas amargos,
por socorrer á mi madre
y por librar á mi hermano
de esa infame servidumbre
que le tiene mancillado.
Pero él se acerca... Dios mio!...
(*Aparece Alberto triste y pensativo.*)
Qué agitado está... qué pálido!

ESCENA II.

ADELA. ALBERTO, *que entra sin reparar en ella y se sienta en una silla cubriéndose el rostro con las manos.*

Adela. Muy triste viene el infeliz;
yo temo...
Alberto. Aquí podré llorar sin que me

impidan...

Adela. Hermano!... Alberto... qué te pasa?

Alberto. (Cielos!)
(*Con ternura.*) Aqui estabas?
no vi... torpe mi vista...

Adela. Dime, qué pena el corazon te aflige?

Alberto. No tengo pena alguna, hermana mia;
es ilusion que se forjó tu mente...
rebosando en mis labios ve la risa;
y cuando ésta á nuestra faz se asoma,
és prueba de que el alma está tranquila.

Adela. Ay, en vano pretendes engañarme;
en esa frente pálida y sombria
veo las huellas del dolor, que el alma
y el pobre corazon te martirizan.
Acaso has recibido un nuevo ultraje?...

Alberto. Qué habitacion! Qué humilde perspectiva!
Al lado cien señores de gran tono
cual mariposas vagamente giran
entre el oro y la seda y los brillantes...
aqui el dolor y la modestia habitan.

Adela. Alberto, habla por Dios, hermano mio...
tu hermana con afan te lo suplica.

Alberto. Para un asunto, que callarte debo,
el Conde me llamó (tiemblo de ira!
(*Aparece el Marqués, y se queda al foro.*)
de vergüenza, y de hastio á un tiempo);
entro en la sala, y veo que me miran
con mala prevencion. Cortés saludo,
y de mi lado todos se desvian;
unos mirando mi modesto trage,
otros riendo de mi cortesía.
Me dice el Conde: «cópiame ese escrito.»
Y por fin, elogiando se retiran
los convidados el talento inmenso
de ese ignorante que entre glorias brilla,
por... no puedo decirte por qué causa...
Al mismo tiempo veo con malicia
contemplar de don Juan á la consorte,
á la que por su gran melancolia
juzga la sociedad sin duda alguna
de una pasion infame poseida.

A una mujer coqueta y embustera,
buena esposa y sublime la creian;
á mí, un idiota, un mísero escribiente...
pero esa sociedad la componian
los que componen muchos... hombres necios
que ven entre el placer pasar la vida,
autómatas que viven... porque viven,
como dijo un autor digno de envidia.
Allí habia elegantes casquivanos,
y todos, claro está, cortos de vista,
porque es moda no ver en este siglo,
y eso que de las luces le apellidan.
Allí habia tambien con muchos lazos
mujeres de sesenta para arriba,
que ahora las viejas bailan y alborotan,
y yo creo rezaban las antiguas
discurriendo en la muerte; pero entonces
no era siglo de luz, no se veía.
Ya ves, hermana, que te aflijo en vano...
ya ves, lo cuento con glacial sonrisa;
esté bien, ó esté mal, ese es el mundo...
y qué le hemos de hacer? Filosofía.

Adela. Consuélate por Dios, querido Alberto.

Alberto. Por qué lloras, mi bien, Adela mia?
yo tambien me entristezco, mas no lloro,
que si alguien viera el llanto en mis megillas,
si las gentes nos viesen de este modo,
si no nos despreciaban, se reirian.
Cuánto alcanza el humano entendimiento!
Ama á la sociedad, hermosa niña,
que en ella encontrarás traiciones, dolo,
estupidez, cinismo, hipocresía.
Pero en cambio si tienes ilusiones,
verás con qué presteza te las pisan;
trázate senda de lozanas flores,
y tus piés hollarán campos de espinas.

Adela. Hermano, hermano mio!... (*Llorando.*)

Alberto. (*Con sarcasmo.*) A qué afligirte?
No me hagas caso, si esto es poesía.

ESCENA III.

DICHOS. EL MARQUÉS, *llegándose á ellos.*

Adela.
Alberto. } Cielos!
Marques. Perdonen ustedes
si entró con tal libertad,
y si antes por un instante
allí me quedé á escuchar;
y de haberlo hecho me alegro,
aunque me pareció mal,
que un hombre de buen criterio
pintase la sociedad
con tan horribles colores
á esta jóven virginal!
Que es la sociedad infame
yo no pretendo negar;
pero, amigo, no lo es toda,
hable usted en general.
Alberto. Por desgracia es harto cierto...
Marques. Supongamos sea verdad;
que en el mundo todo es farsa...
bien, mas dejemos soñar
al inocente que duerme;
sobrado padecerá
cuando vuelva de su ensueño
á la triste realidad.
Adela. Dice bien, hermano mio.
Marques. ¿Qué goces encontrará
quien de todo desconfia
aquí en la tierra?
Alberto. Es verdad.
Marques. Sí, sí, Alberto; quien profesa
doctrina tan infernal,
solo tiene dos caminos,
ó quitarse la vida...
Adela. Ah!
Marques. Ó seguir la triste huella
de una senda criminal.
Y un hombre ilustrado puede
tan baja idea abrigar?

Alberto, vuelva usté en sí,
y entonces conocerá
cuánto su error perjudica
á esta niña angelical.
(*Alberta oculta el rostro conmovido.*)
Ahora mismo lo estoy viendo,
se ruboriza esa faz;
bravo, déme usted la mano;
el llanto veo brotar
de sus ojos... llore usted,
eso le honra mucho mas.

Adela. Oh! Usted la Providencia
para nosotros será.
Ay, hermano, ese lenguaje
hasta hoy no pude escuchar,
y tanto me ha conmovido
que feliz me creo ya.

Marques. Tenga usted fé, señorita. (*Con interés.*)

Adela. Sois nuestro ángel tutelar. (*Con efusion.*)

Alberto. Pero usted por qué nos trata
con ese amor paternal,
á nosotros que la befa
somos de la sociedad?
á quien solo desengaños
encuentra por donde va?
Yo deberia exigirle
una esplicacion formal.

Marques. Y cree usted que en el mundo
hombres honrados no habrá
que amen á sus semejantes
por puro amor? Ademas,
yo conozco bien á ustedes,
sé la desgracia fatal
que los redujo á este estado.
Sé que era un buen militar
su padre de usted, Alberto,
y que murió.

Alberto. Por piedad,
respetemos su memoria.

Marques. Yo no la quiero ultrajar;
su memoria honro y respeto.
Algun dia llegará...

nada decir puedo ahora,
que sería revelar...
Alberto, el hombre virtuoso
nunca debe desmayar;
si sufris, si os atormentan,
padeced, pero esperad.
Niña, vivid siempre alerta
en este mundo falaz...
mas no perdais los encantos
hermosos de vuestra edad.
Ahora, adios; en sus desgracias
sepan que pueden contar
con la proteccion sincera
del Marqués de San Julian. (*Váse.*)

ESCENA IV.

ADELA y ALBERTO, *que han quedado en una profunda meditacion.*

Adela. Y bien: no alientas, hermano?
Aun desconfias?
Alberto. No sé...
eran dulces sus palabras...
Casi me daban placer...
pero, quién fia de un hombre
que ve por primera vez?
En su semblante hay nobleza...
pero, quién me dice quién,
que ese hombre no sea un tigre
de cordero con la piel?
A nosotros, infelices,
tratarnos así un Marqués?
No pudiera por mi hermana,
que jóven y hermosa es...
qué digo? Soy un infame!
pero no pudiera ser?
Oh! como Dios no remedie
este amargo padecer,
entre verdugo y suicida
no sé lo que escogeré.
Adela. Hermano!

Alberto. Déjame solo,
que sosiego hé menester. (*Queda pensativo.*)
Esto es peor que mil muertes,
quiero morir de una vez.
Adela. (Ah! Mi señora es piadosa...
Voy á verla, y la diré
que trata de suicidarse...
que le venga á contener...
acaso con sus consejos...
Sí, vendrá, la buscaré.) (*Vase.*)

ESCENA V.

ALBERTO.

Al fin desahogarme puedo
sin que ninguno me vea!
Oh! Dios mio! Por qué así
me tratais con tal dureza?

ESCENA VI.

ALBERTO. EL VIZCONDE, *por el foro, y cierra con recelo.*

Vizconde. Chito, Alberto!
Alberto. (Satanás
conmigo esta noche juega!)
Vizconde. Sin que me viesen subí,
y me doy la enhorabuena,
porque ¡ay Dios! Si lo notáran
las elegantes parejas
que he dejado en el salon
bailando que se las pelan!
Pero, hombre, qué oscuridad!
Por qué no gastas esperma?...
Y es esa tu alcoba, Alberto?
Qué cortinas tan grotescas!
Ja, ja, ja! Tienes buen gusto!
Pero tiempo no se pierda.
Oye, y sé muy reservado.
Dejé un momento la fiesta,
porque hay allí una muchacha

que está por mí loca y ciega,
y vengo á que escribas versos
á mi hermosa dulcinea.

Alberto. Si tanto le ama á usted,
para qué versos?

Vizconde. Observa,
que aun no la he dicho mi amor,
y eso que ayer mi cabeza
sentí inspirada, y compuse
una letrilla soberbia.
Oye, á ver qué te parece,
y si acaso me sirviera... (*Saca un papel.*)
Yo la leeré, porque así
tendrá mas vigor... espera:
aquí estan. «A la señora
doña Luisa de Gurrea.
Mi señora doña Luisa,
á usted, la jóven mas bella
y mas linda de cuantas jóvenes
nuestro Madrid hermosean,
dedico esta humilde letrilla
con el corazon compuesta.
Si se digna usté admitirla,
si usted se digna acogerla
con la sonrisa en los labios
y cordial benevolencia,
se tendrá por muy dichoso
quien consagrarla quisiera
una vida de ternura
á sus piés rendido puesta.»
Qué te parece?

Alberto. Magnífica!
Cuando la niña los lea
la dá un ataque de nervios.

Vizconde. De nervios?

Alberto. Y en él se queda.

Vizconde. Pero, hombre...

Alberto. Si, de ilusion...
si eso conmueve á una piedra.

Vizconde. Te parece que la entregue?

Alberto. Yo creo que es buena idea.

Vizconde. Pues bien, entonces me marcho;

pero, atiende; nadie sepa
que he venido á visitarte;
porque al momento dijeran...
ya tú ves, mi posicion
y la tuya... no, no creas
que yo me desdeño... pero
siempre respetar es fuerza...
hay mil consideraciones
que la sociedad ordena.
Oh! pues si no... cree, Alberto,
que de distinta manera
te trataria; yo sé
que eres sublime poeta,
por mas que mi padre pase...
Eh? yo observo... tú conversas
á solas con él... le traes...

Alberto. Basta: le gusta mi letra...
razon por la que me dá
á copiar...

Vizconde. A mi con esas?
en fin, es mi padre, y tú
mi buen amigo: de veras.
(*Llaman á la puerta del foro.*)
Pero qué ruido... no hay duda,
si, han llamado á esa puerta.
Ay! qué apuro!... Aquí me escondo
hasta que marcharme pueda.

Alberto. Y estará usted...

Vizconde. Calla, calla...
(*Entra por la puerta de la izquierda.*)

Alberto. Ignorancia, cuánto ciegas.
(*Abre la puerta del foro.*)

ESCENA VII.

DICHOS. DON MARCELO.

Marcelo. Adios; jóven: tú sin duda
estrañarás mi venida;
pero tranquilízate.
Amigo de perspectivas,
me gusta ver los palacios,

y asimismo las bohardillas;
y á la infeliz gente pobre,
y á la feliz gente rica,
para observar las costumbres
que á una y otra clase vician;
eso entra en mi sistema.
Ademas esta visita
tiene un objeto, hijo mio;
yo, que tras de las intrigas
voy siempre, noté há un instante
cierta cosa peregrina.
Á ti te parece, Alberto,
que el Conde es lo que imaginan?
Contéstame francamente.

Alberto. Cuando sabio le apellidan...

Marcelo. Es que á veces he notado
que habla muy mal, y sin pizca
de elocuencia; los escritos
que te dá á copiar, querria
ver... pues; los originales.

Alberto. Déje la torpe malicia.

Marcelo. Hombre, si me gusta tanto
el aclarar las mentiras
y descubrir embrollones...
es cosa tan divertida...
y si por ello hay bureo,
y trapisonda, y bolina...
Sobre todo, si por eso
se rompe alguno la crisma...

Vizconde. (Pues no es mala diversion!)

Marcelo. Eso sí que me dá risa!
No hace mucho que he notado,
que de amores requería
á la mujer del Vizconde
cierto jóven...

Vizconde. (Santa Rita!...)

Marcelo. Y él no estaba en el salon...
y su esposa se reia...

Vizconde. (Hui! se reia!)

Alberto. (Buen rato
lleva el Vizconde!)

Vizconde. (Maldita!)

Marcelo. Yo creo que se comprende
la dichosa parejita.
Vizconde. (¡Ay! qué sudores!)
Marcelo. Y adónde
estará la pobre víctima?
Quiero decir, el paciente...
Vizconde. (Oculto entre las cortinas,
verdugo.)
Alberto. (Me venga Dios
de un petulante, justicia...)
Es usted algo mordaz.
Marcelo. No... pero á decirte iba,
que leyendo el señor Conde
una bonita letrilla,
daba tantos tropezones...
en fin, tan mal la leia,
que yo, fiel observador,
sospeché no estaba escrita
por el Conde, y sí por otro.
Alberto. Pues mal usted presumía.
Vizconde. (Ahora han bajado la voz,
no oigo mas que ciertas sílabas...)
Marcelo. Y como eres su escribiente,
la verdad, desearia
que me sacaras de dudas...
noble es el fin que me incita...,
porque el Conde por sus obras
hay quien dice que á la silla
ministerial va á subir; (*Laman dentro, y salen doña Adela y doña Dolores por el foro.*)
y ya ves, fuera desdicha
para toda la nacion.
Vizconde. (Traicion, dijeron... Oh, arpía!)
Alberto. Nada sé; si lo supiera
tampoco yo le diria,
porque no soy delator.
Marcelo. Bravo, bien, te hago justicia!
Vizconde. (Justicia, oí, y celador!
mi esposa á la policía!)
Marcelo. (Nada logré) adios, Alberto.
Vizconde. (Se va? Sigamos la pista.)
(*Al marcharse don Marcelo, llaman por el foro.*)

Marcelo. Hola, parece que llaman...
¿tiene usted alguna cita... (*Con malicia.*)
Alberto. (*Saliendo á abrir.*) La voz
de doña Dolores...
Don Marcelo... (*Bajando la voz.*)
Marcelo. Alguna ninfa?
Bien, muchacho, no te apures;
y... vamos, dime, es bonita?
(*Impaciencia de Alberto.*)
No creas que yo pretendo
estorbaros la entrevista.
me escondo, me escondo aquí.
(Así veré á la individua.)
Con que tú tambien cortejas?
Alberto. Por favor...
Marcelo. Ya voy aprisa.
Alberto. Don Marcelo, no sospeche...
Marcelo. Sospechar! Bueno sería...
(*Se entra por la puerta de la derecha.*)

ESCENA VIII.

ALBERTO. DOÑA DOLORES. DOÑA ADELA.

Dolores. Alberto!
Alberto. Tanto honor...
Adela. Perdona, hermano.
Dolores. Adela acongojada
tomándome la mano
me dijo balbuciente;
venga á evitar un crímen prontamente...
Que quiere suicidarse
mi hermano yo he creido,
y por usté he venido,
que es un ángel del cielo,
para que dé á mi afan algun consuelo.
Marcelo. (*Saliendo con precaucion, y se va.*)
(A ver si armo una gresca
que infraganti los pillen; bravo, bravo!
hoy de él me vengo al cabo.)
Dolores. Creyó que no vendria,
y á mis piés la infeliz llanto vertia.
Por eso arrostré todo.

Alberto, compadezco su amargura;
mas ceda su locura.
Tiene hermana sin padre,
y enferma está su desgraciada madre.
Qué apoyo las quedára
si como suicida ustéd muriera?
Horrible pena fiera
les diese su demencia,
soledad y amargura é indigencia.
Cuente usted con mi esposo,
que tiene como yo corazon noble;
y que fiero no doble
el aire emponzoñado
el tallo de este lirio delicado.

Alberto. Señora, agradecido
por la bondad que al infeliz dispensa,
yo por usted daria
mi vida en recompensa,
y aun asi su favor no pagaria.
Pero vivir no puedo
entre esa sociedad aduladora
que interpreta ¡oh señora!
el puro sentimiento
y confunde á los hombres de talento.
Si á usted que es tan virtuosa
¡ay! ese mundo aquí la contempláre,
al punto interpretára
ese afecto divino
por el cual hasta aquí guiada vino.
Retírese al momento,
la calumnia precoz nada perdona;
y aun cuando á usted la abona
su virtud acrisolada,
la vil maledicencia es siempre osada.

Adela. Ay, si será verdad!

Dolores. No te acongoje nada, me retiro;
pero antes aspiro
á dejarte tranquila;
Alberto, aun ese espíritu vacila?

Alberto. Juro á usted por mi honra
ni pensar ya en quitarme la existencia.
Usted es la Providencia

que á entrambos nos sostiene.
pues compasion para nosotros tiene.

Dolores. Adios: voy confiada;
pero, ¡ay! esos murmullos...

Alberto. Ese ruido...

Dolores. Oh! cielos!

Alberto. (*A doña Adela.*) La has perdido!

Vizconde. (De aquí no salgo.)

Dolores. (Alberto!)

Alberto. Ah! venid por aquí.

(*La hace entrar en la puerta primera de la derecha, entrando él tambien.*)

Adela. Qué desconcierto!
(*Entra en donde está el Vizconde.*)

ESCENA IX.

EL CONDE. DON MARCELO. DON JUAN. DON CARLOS. DOÑA PILAR. DOÑA JULIA. ELEGANTES, *entre los que procura ocultarse* EL MARQUÉS.

Marcelo. Entrad, señores, aquí.

Algunos. No hay nadie.

Marcelo. (*Con ironía.*) No hay nadie?

Adela. (*Saliendo asustada con el Vizconde.*) Cielos!

Elegantes. Con él!

Conde. Qué escándalo!

Adela. Yo... (*Turbada.*)

Julia. (*Con ira.*) Qué veo!
tú con mi esposo?

Alberto. }
Adela. } Señora...

Julia. Tú su manceba!

Marcelo. (*A doña Julia.*) Pues! (Fuego!)

Alberto. Miente quien tal imagine.

Eleg. 1.° Uf!

Idem 2.° Af!

Varios. (*Riendo.*) Ja, ja, ja!

Adela. Oh! Dios! Qué es esto?

Conde. Pagas el pan que te doy
tal infamia consintiendo?

Alberto. Conde, es usted un miserable

si nos juzga tan perversos.

Conde. Qué dices?

Alberto. ¡Que voy á hablar...
es necesario, lo quiero.

Vizconde. Sí, yo vine...

Elegantes. Ja, ja, ja!

Marcelo. Vino á rezar!

Vizconde. } *Alberto.* } Don Marcelo!...

Adela. Oid, señores.., mi hermano...

Julia. Baje usté esa frente luego.

Alberto. Ella puede levantarla
hasta mas allá del cielo!

Marcelo. Pero aquí habia otra dama conocida.

Alberto. Caballero!...

Marcelo. Una señora de rango...
(Si no lo digo, reviento.)

Alberto. Entrad y vereis si hay alguien...

Marcelo. Algun resorte secreto
daria paso á la dama,
que sabrá los aposentos...
Mas, Dolorcitas dónde anda?
se ha escabullido? Lo siento.

Eleg. 1.° Si será ella?

Idem 2.° No hay duda.

Juan. Qué quereis decir con eso?

Marcelo. Que pues aquí no ha venido,
sin duda enferma se ha puesto;
vaya usted en su socorro.

Conde. Qué escándalo!

Juan. Nos veremos. (*Vase.*)

Pilar. Señores, las mogigatas
siempre las peores fueron.

Alberto. Señor Vizconde, yo exijo
que justifique al momento
la estimacion de mi hermana.

Adela. Ah! si, por Dios, hacedlo,
ó me voy á volver loca
de vergüenza y sentimiento.

Eleg. 1.° Qué bien finge.

Elegantes. Ja, ja, ja!

Julia. Sí, reios, caballeros,

de esa virtud admirable,
que candor está mintiendo;
de esa sirvienta vendida
al capricho de su dueño;
de esa aventurera...

Adela. Hermano!
sácame de aquí al momento!
mira que voy á morir.

Alberto. Quien así falta al respeto
que los dos por nuestra cuna
y nuestro honor merecemos,
es, señora, un miserable,
cobarde, vil y rastrero.

Conde. Y quién eres tú, menguado,
para atreverte indiscreto
á insultarnos?

Alberto. Soy un jóven
noble por el nacimiento,
y noble por mis palabras,
y mas noble por mis hechos.
Soy un jóven que ha vendido
los frutos de su talento,
por socorrer á una madre
que enferma vive sufriendo.
Que porque nada la falte,
sufre penas, vituperios;
pero que no sufrirá
que empañen el brillo terso
de su honra acrisolada...
Esa honra yo la defiendo,
que es joya que limpia y pura
me legaron mis abuelos;
joya que esmaltó mi padre
con su no vencido acero,
y joya que he de hacer siempre
que se mire con respeto.

Conde. El hijo de un fusilado!

Alberto. (*Amenazándole.*) Miserable!

Adela. Detenedlo. (*A los demas.*)

Marcelo. (*A los que le detienen.*) Al contrario!...
Que ande el trompis,
y la gresca, y San Palermo.

Adela. }
Alberto. } Ah!

(*Alberto se queda aterrado; doña Adela cae desmayada en brazos del Marqués, que la sienta.*)

Marques. Señor Conde... señores,
teneis entrañas de acero.
Pretendeis asesinarles?
No lograreis vuestro intento.
Vosotros les rechazais?
No importa, yo les protejo;
su inocencia está en mis manos...
tambien el castigo vuestro.
Conspire usted, señor Conde,
que en Madrid no es ya un secreto.
(*A don Marcelo.*)
Ha quebrado lord Mansfeld,
y tengo yo algunos créditos
contra usted, hombre egoista...
(*Quiere hablar don Marcelo.*)
Despues, despues nos veremos.
Virtuosisima Pilar...
Cárlos, amigo sincero...
pronto arrancaré disfraces...
todos nos conoceremos.
Señores, con todos hablo,
yo á estos jóvenes defiendo;
aquel que dude de su honra,
por cobarde y vil le reto.
A todos arrojo el guante;
ninguno quiere cogerlo?

Pilar. Como otro conde de Luxest
por la dama pide el duelo.

Conde. Señor Marqués... (*Balbuceando.*)

Marcelo. Qué me pasa?
me esplicareis.

Marques. A su tiempo.

Conde. Bien, pero mañana...

Marques. Conde,
todos nos entenderemos.

Vizconde. Si hablar me dejáras... (*Al Marqués.*)

Julia. Calla.

Vizconde. (Pues siga la danza, bueno.)

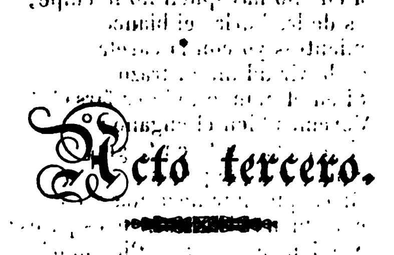
Conde. Al salon. (*A todos, y van saliendo.*)
Pilar. (*Al Marqués.*) Dejemos pendiente el reto,
ya que no hay un Etelvod
qué en contra saque el acero.
Marcelo. (Letras, letras para mí!)
Pilar. En qué piensa don Marcelo?
Marcelo. En la Biblia.
Pilar. (*Sale corriendo.*) Qué gracioso!
Marcelo. Si, si... (Asi le aplasté un trueno.) (*Vanse.*)

ESCENA X.

EL MARQUÉS. ALBERTO. DOÑA ADELA.

Adela. Alberto!
Alberto. Adela!
Adela. Oh! dolor!
Alberto. Huyamos avergonzados.
Adela. Sin recursos, deshonrados!
Marques. Yo os devolveré el honor.
Adela. Qué dice usted?
Marques. La verdad.
Alberto. Cómo?
Marques. Aclarando un secreto,
os mirarán con respeto.
Alberto. Oh! Marqués! (*Con efusion.*)
Adela. Señor...
Marques. Confiad.

FIN DEL ACTO SEGUNDO.



La misma decoracion del acto primero.

ESCENA PRIMERA.

DON CARLOS. DOÑA PILAR.

Carlos. Si, Pilar; mucho lo temo;
mi fortuna está en su mano,
y mi honor y mi existencia;
huyo de él desesperado,
y es menester que me esconda
en algun pais lejano!!
Pero al fin me alcanzará;
do quiera tiene emisarios;
es poderoso é ilustre,
y valiente y temerario.
No lo viste ayer á todos
retar? mas qué ha resultado
de la esplicacion de Luis?

Pilar. De tal modo hizo el relato,
y ha hecho tales juramentos,
que hay que creerlo ó matarlo;
dijo á lo que fué Dolores,
y lo que escuchó encerrado...
en fin, todo; pero yo
hice cundir el escándalo,
y sonrojé á Dolorcitas;
que así la atencion llamando
de todos sobre ella, nunca
de nuestro amor harán caso

á ella no hay quien no la culpe,
es de las burlas el blanco;
mientras yo con la careta
de la virtud me disfrazo.
Si en el mundo todo es farsa!
doremos bien el engaño;
si el mérito está en fingir,
amigo mio, finjamos.
Dices que huir necesitas;
pues bien; si luego... oyes pasos?
Alguien se acerca... Dios mio!
Adios, volveré, sé cauto. (*Vase.*)

ESCENA II.

DON CÁRLOS. EL MARQUÉS.

Marques. Yo siento, señor don Cárlos,
que venir me haga á buscarle.
Carlos. Tiene otras órdenes mas
el señor Marqués que darme?
Perdóneme si me tomo
la libertad... pero es tarde...
Marques. Pedirme perdon á mi!
Eso es mucho degradarse
para un banquero tan rico,
tan ilustre y elegante...
íntimo de Rios-bajos,
de sus hijos... y quién sabe
de cuantos otros será
amigo tal personage?
Carlos. Señor Marqués, usted tiene
un derecho incontestable
á pedir de mi conducta
satisfaccion!
Marques. Adelante.
Carlos. Porque loco al fin é ingrato
olvidé por un instante
cuanto usted hizo por mi.
Marques. No hay por qué de ello acordarse...
Carlos. Me acuerdo para decirle
que esos sarcásmos punzantes

son mil veces mas crueles
que una estocada...

Marques. Ah! un combate...

Carlos. Dios me libre... pero al menos
sería mas aceptable
que esa ironía.

Marques. Usted cree
que querria yo bajarme
hasta el punto de batirme
con un perdido, un farsante?

Carlos. Señor...

Marques. Con un inclusero
á quien recogí en la calle...
que en pago de haberle dado,
lo que no hicieron sus padres,
educacion, porvenir,
y una posicion brillante...
defraudó mi confianza...
que ha llegado, hasta robarme...

Carlos. Señor...

Marques. Con qué has mantenido
ese boato insultante
durante mi larga ausencia?
Responde, si es que te place,
digno secretario, fiel
guardian de mis capitales...
modelo de gratitud...

Carlos. No le niego que distraje
de su caja algunos fondos...

Marques. Pse... trescientos mil reales...

Carlos. Que pagaré muy pronto.

Marques. Hola.

Carlos. No pensaba reintegrárse?

Marques. Qué me importa á mi que un necio,
á quien puedo yo aplastarle
como á un reptil con mi planta,
ciento, ó cien mil me robase?

Carlos. No le importa? (*Aturdido.*)

Marques. A tales gentes
se les encierra en la cárcel,
de donde van á presidio,
ó para el cadalso salen...

y negocio concluido.

Carlos. Trata usted de delatarme? (*Asustado.*)
Perdon, señor... porque al fin
un castigo semejante...
ni que fuese un asesino!...
(*El Marqués se goza en su ansiedad.*)

Marques. Qué hicieras si te quitase
un amigo, por ejemplo,
un tesoro único y grande,
y que despues de robado
el pecho te traspasase
mil veces con un puñal?

Carlos. Yo! yo... pero es muy grave.
Yo... yo nunca he asesinado...
Vaya, usted quiere asustarme.

Marques. Ah! crees tú que no asesina
un hombre que á otro incesante
le tiende cordial la mano...
y le acaricia... y le aplaude...
y le llama amigo suyo...
y á quien por la inalterable
confianza que en él tiene...
le roba aleve y cobarde
sus mas caras afecciones...
haciendo de un tierno padre,
idólatra de sus hijos...
de su esposa ciego amante,
un ente vil y ridículo...
de quien con befa insultante
se mofa el siglo ilustrado...
en lugar de consolarle?

Carlos. Pero quién? (*Admirado.*)

Marques. (*Con brío.*) Qué has hecho, di,
de esa amistad intachable
por parte del desgraciado
que sonrie contemplándote...
que entre su esposa y su amigo
toda su dicha comparte...
sin notar que las caricias
de esa mujer, infernales,
y los tiernos juramentos
que su buen amigo le hace...

son de la negra perfidia
las redes mas detestables?

Carlos. Pero, quién os dijo?...

Marques. Quién?
Es estraño que olvidases,
don Cárlos, el fiel amigo
de ese infeliz... procurarse
otro sitio mas seguro
para guardar sus galantes
billetes que mi escritorio.

Carlos. Oh! Maldicion! (*Sin poder reprimirse.*)

Marques. Miserable!

Carlos. Perdon, señor!

Marques. Sal de aqui,
si no quieres que te lance
por la ventana.

Carlos. Piedad!

Marques. Pronto, reptil despreciable.

Carlos. Pero no me hará prender...

Marques. Sal pronto, y si puedes, sálvate.

Carlos. (Oh! maldita inadvertencia!) (*Vase.*)

Marques. El traidor siempre es cobarde.

ESCENA III.

EL MARQUÉS. *Despues* UN CRIADO.

Temblando se retiró.
Bien han hecho en arrojarte
como un perro en este mundo!...
Si Dios quiere perdonarle.
(*Llama, y se presenta un Criado: le dá un pliego.*)
A quien dice. (*Al Criado.*)
Guerra al crimen.
Seamos, pues, por un instante
el conducto de que Dios
algunas veces se vale
para castigar el vicio
con rigor inexorable,
y premiar de la virtud
los rudos fieros combates.
Ahora buscaré á Dolores,

que es fuerza que los prepáre.
Si habrá salido? Veamos.
Valor, y empiece el combate.
(*Se va por el foro.*)

ESCENA IV.

DON JUAN, *sale agitado por la segunda puerta de la izquierda.*

Me devora esta ansiedad...
la incertidumbre es horrible...
mas amarga, mas terrible
que la misma realidad.
Esta carta... este papel,
cuyo contacto me abrasa...
Qué va á buscar á esa casa
esa hipócrita cruel?
Irá á consolarse allí
en los brazos de su amante,
de ese hastío que incesante
la aburre y la asedia aquí...
á enjugar el triste lloro
con que encubrirnos intenta
su vil perfidia... Oh! qué afrenta!
Concluyamos... Isidoro! (*Llamando.*)
Este papel maldecido
tendrá que esplicarme ahora.
(*Al Criado, que sale.*)
Que espero aquí á la señora.

Isidoro. Perdone usted... ha salido...
Juan. Pero salió con Elisa?
Isidoro. No, señor, sola, y á pié...
Juan. Mis pistolas.
Isidoro. Las traeré...
habrá ido sin duda á misa...
Juan. Mis pistolas!
Isidoro. Luego voy...
Juan. Y aquel hombre?
Isidoro. Abajo está.
Juan. Que me espere.
Isidoro. Esperará. (*Vase.*)

Juan. Veremos si escapas hoy
por el diablo protegida,
como te escapaste ayer...
¡Veremos, noble mujer,
por quién queda la partida!
Grande será mi venganza...
grande como mi desdoro.

Isidoro. Aquí estan. (*Sale.*)

Juan. Ven, Isidoro.

Isidoro. En qué parará esta chanza? (*Se van.*)

ESCENA V.

DON MARCELO, EL CONDE.

Marcelo. En poca agua se ahoga usted.

Conde. Tengo miedo, lo confieso;
y si sigue su proceso,
es muy fácil...

Marcelo. Yo hablaré
al Ministro y... mis razones...
Con plata todo se alcanza...
ponga usted en la balanza
unos cuantos patacones...
porque al fin... hablemos claro:
si ese tal señor del Pino
cometiese el desatino
de cantar, y usté... es avaro...
la justicia es justiciera
ó no lo es... segun los modos.

Conde. En España lo es con todos...
y creo no me valiera...

Marcelo. No tiene usted... la verdad...
otros tres mil que prestarme?

Conde. Se ha propuesto usted arruinarme?

Marcelo. Yo arruinarle! Necedad!
Yo que tocando registros
por salvarle á usted estoy,
que no ceso ayer ni hoy
de cansar á los ministros;
que hasta metí en la contienda
á una dama encopetada,

que dicen que tiene... nada,
amistad con el de Hacienda...
Arruinarle yo! Señor,
usted agravia mi celo.

Conde. Perdone usted, don Marcelo:
de mi desgracia el rigor
me vuelve cruel é injusto...
mil perdones...

Marcelo. No hay de qué.
Conde, cuánto con usted?

Conde. Dios mio! Cuánto disgusto!

Marcelo. Y á quién faltan, caballero?
No me he visto yo obligado,
yo, yo! estoy avergonzado!
á pedirle á usted dinero?

Conde. Sí, sesenta mil reales,
de que aun no me dió recibo...
sin duda por un motivo...

Marcelo. Recibo?

Conde. Somos mortales...

Marcelo. Conde, esa formalidad
entre sujetos de pró!

Conde. Sin embargo...

Marcelo. No, no, no;
la verdadera amistad,
ese puro don del cielo,
cual la nuestra... Señor conde,
no sabe pues hasta dónde
le aprecia á usted don Marcelo.—
A bien que ahora se presenta
con esa conjuracion...

Conde. Yo no dudo...

Marcelo. Una ocasion...

Conde. Conjure usted la tormenta
y puede contar...

Marcelo. Con cuánto?

Conde. Con mi eterna gratitud.

Marcelo. Bien, siempre es una virtud.

Conde. Voy yo á ocultar, entre tanto
que usted, amigo querido,
se ocupa... en... en indagar
lo que hay de particular

acerca de...

Marcelo. Sí, entendido.

Conde. Ciertos papeles...

Marcelo. Bien hecho,

porque así aunque de improviso

se viera en un compromiso...

Conde. Oh!

Marcelo. Hombre, tenga usted pecho.

Conde. Hasta luego.

Marcelo. Hasta despues.

(*Vase el Conde.*)

ESCENA VI.

DON MARCELO.

Magnífico! buen filon

para desquitarme pronto

de la quiebra de ese lord

Mansfeld, que el diablo confunda.

El buen conde! qué pobre! Oh!

Quién poseyera un ochavo

por cada tonto de los

que comen pan en el mundo.

ESCENA VII.

DON MARCELO, EL MARQUÉS.

Marques. (Salió.) Amigo...

Marcelo. (Maldicion!)

Marques. Celebro mucho...

Marcelo. Oh! señor...

tanta bondad...

Marques. Y me alegro

de hallarle á usted aquí hoy...

Marcelo. Si puedo ser útil...

Marques. Sí...

(*Dándole unas letras.*)

porque ayer se me olvidó...

Vagatela... vea usted...

Marcelo. Otra letra? (Esto es atroz!)

Marques. Picos que van resultando
de la quiebra... creo que son...
Marcelo. Ochenta mil reales!
Marques. Justo.
Marcelo. Hay para ahorcarse!
Marques. Qué! no...
Para un banquero opulento...
de tanta reputacion...
Marcelo. Pues crea usted sin embargo
de todo eso, que yo
no me hallo ahora... es decir,
en este momento... con
esa suma...
Marques. Don Marcelo!
Va! usted se chancea!
Marcelo. Oh!
Marques. Seguro.
Marcelo. Repito á usted...
Marques. Imposible!
Marcelo. Por mi honor!
Marques. En ese caso tendré
que dirigirme al baron
de Montilla, en cuya casa
tiene usted...
Marcelo. Marqués, por Dios;
no trate de asesinarme,
y tenga mas compasion
de un hombre que caminando
á su ruina va veloz.
Marques. Lo siento, lo siento, sí,
con todo mi corazon;
pero yo tambien me encuentro
en compromisos, que no
me es posible evadir.
Marcelo. Pero,
déme usted siquiera dos
dias nada mas...
Marques. Repito
que no puedo...
Marcelo. (Hombre feroz!)
Marques. Con que usted, la hace efectiva?...
¿O voy á ver al baron...

Marcelo. Señor Marqués, usted es...
Marques. Nada mas que un acreedor
que reclama...
Marcelo. Bien está.
Tome usted á cuenta de hoy
tres mil duros que aquí tengo....
lo restante... (*Le dá los billetes.*)
Marques. Bien... señor...
tiempo queda... (*Tomándolos.*)
Marcelo. Pues entonces,
lo mismo le dá que... (*Alargando la mano.*)
Marques. No;
hablo de los veinte mil
reales que resta...
Marcelo. (Ladron!)
Marques. Y cómo va de negocios,
don Marcelo?
Marcelo. (Qué traidor!)
Marques. Con que se asoció á Mansfeld?
Creo que en combinacion
con el de la quiebra estaba.
Marcelo. No me asuste usted, qué horror!
si él es mi única esperanza!
Marques. De ello á informarme voy yo.
Marcelo. Señor Marqués, quien lo dijo..!
Perdone usted... pero voy...
tengo que hablar con el Conde...
Con permiso... abur...
Marques. Adios.
Marcelo. (Este hombre es el demonio!)
Me arruina sin compasion. (*Vase.*)

ESCENA VIII.

EL MARQUÉS.

Anda, imbécil egoista;
aprovecha los momentos;
deja de nuevo vacías
las gabetas de ese loco
con nuevas galas mentidas,
que van á caer en breve

arrostrando en su caida,
con tu infame inclinacion,
la insolente hipocresía
de esos seres... Oh! aquí llegan...
gozad... reid... que la risa
discurra por vuestros labios,
ocultando fementida
la ponzoña que abrigais
en vuestras almas de víboras,
mientras que llega el momento
que rápido se aproxima,
en que todos se conozcan,
los verdugos y las víctimas.
(*El Marqués se queda acechando al foro.*)

ESCENA IX.

DOÑA PILAR. DON CÁRLOS.

Pilar. Pronto, don Cárlos, veamos
de disponer sin demora
nuestros asuntos...
Carlos. (*Abatido.*) Señora...
Pilar. Y dispuestos ya, partamos.
Carlos. Partir!
Pilar. Se abate usted?
Carlos. Oh!
Pilar. Pues no estamos deshonrados?...
Completamente arruinados...
Carlos. Pero cómo hacerlo?... yo...
Pilar. Busque usted, indague, si,
por qué medios ó qué modos...
todos serán buenos, todos,
con tal de salir de aquí;
la vista de ese marido
de quien me veo obligada
á fingirme enamorada,
y á quien siempre he aborrecido,
me traspasa el corazon,
cuya sangre siento hervir...
no, no quiero mas fingir,
y usted sabe la razon;

albajas y oro poseo
en cantidad muy bastante
para marchar al instante;
cúmplase nuestro deseo.
Lejos de España podremos
ser felices todavia...
huyamos...

(*El Marqués, que ha llegado al foro, se detiene.*)

Carlos. Si, Pilar mia.
Pilar. Cárlos!
Carlos. Marchemos.
Pilar. Marchemos.

ESCENA X.

DICHOS. EL MARQUÉS.

Marques. Cuenten ustedes conmigo.
Carlos. Cielos! (*Aterrado.*)
Pilar. El Marqués!!
Marques. Me place
ese proyecto famoso,
y si quieren que en el viaje
les acompañe, con gusto
lo haré, porque va á honrarme.
Ahi no es nada! Una señora
tan pura como los ángeles,
y un caballero tan noble...
no sé con quién compararle...
Repito que me honraria
con tan dignos personages.
Pilar. Señor Marqués, si usté oyó...
Carlos. Me admira, y es muy chocante
que todo un señor Marqués
ejerza el espionage.
Marques. Silencio, atrevido jóven;
se atreve usted á mirarme?
esa frente envilecida
hasta el suelo no se abate?
Arrojemos las caretas;
hablémonos sin disfraces.
En mi escritorio las cartas

de usted guardaba ese infame,
que mientra estuve en América
en mi casa fué el magnate;
y se sirvió de mis muebles,
de caballos, carruajes;
llegué de pronto á pedirle
razon de mis capitales,
y sacar olvidó entonces
sus papeles importantes;
ya se ve, aturdido y loco
con sorpresas semejantes...
de estas cartas se olvidó,
que verán los tribunales
y aun los públicos papeles.

Pilar. Antes, vierta usted mi sangre.

Carlos. Y sería usted capaz?...

Pilar. Con perdernos, qué bien hace?

Marques. Que qué bien hago decis?
Un bien inmenso, admirable.
Delato á la sociedad
dos seres abominables,
sin corazon, sin creencias...
impido qué mas ultrajen
á un esposo confiado,
á un buen amigo constante...
Ramas torcidas que al árbol
van obligando á encorvarse,
deben de ser arrancadas
por el impulso del aire.

Pilar. Pero...

Marques. Si evitar desea
un escándalo, al instante
venga á pedir á su esposo
licencia para ausentarse
muy lejos de él para siempre.
Tiene usté un hermano en Cádiz:
marche con él; este medio
no será tan repugnante
como el que pienso emplear
si usted hoy mismo no parte.
Qué elige usted?

Pilar. Caballero...

haré lo que á usted le cuadre;
pero en cambio...

Marques. Yo prometo
romper las pruebas infames
y callar siempre, señora.

Pilar. Sírvase usté acompañarme.

Marques. Y usted, si vivir desea,
no intente de aquí fugarse;
la casa está rodeada,
mírelo y evite un lance.
(*Vase doña Pilar y el Marqués.*)

ESCENA XI.

DON CÁRLOS.

Estoy perdido! Y qué hacer?
De aquí no puedo escaparme...
Oh, Marqués, Marqués! Si yo
por aquí un arma encontrase,
de él, y de Andrés me librára;
pero siento aproximarse
hácia aquí... me ocultaré,
pues no quiero que reparen
en el miedo y la vergüenza
que conturban mi semblante. (*Se oculta.*)

ESCENA XII.

ELEGANTES 2.° y 3.°

Eleg. 2.° Hizo el anónimo efecto.

Idem 3.° Pero has hecho un desatino.

ESCENA XIII.

DICHOS. EL CONDE. DON MARCELO.

Conde. Pero, hombre, usted está loco!
Con que no le di aquí mismo...

Marcelo. Vaya, á usted con la alegría
se le ha trastornado el juicio.

Conde. Pero si estoy muy seguro...
Marcelo. Si yo de aquí no he salido.
Pregunte usté á los criados.
Regístreme los bolsillos...
Eleg. 2.° Qué es esto?
Marcelo. Nada, señores.
Conde. Es mucho, yo le replico:
Aquí le di tres mil duros,
y él me los niega.
Eleg. 2.° Qué inicuo!
Marcelo. Señores, no le hagan caso;
un gran trastorno ha tenido,
y la sangré á la cabeza
se le subió.
Conde. A mí? (Qué pillo!)
Marcelo. Será menester sangrarle...
Hola! Muchachos! Perico!
Que avisen á un sangrador...
Qué lástima de hombre, amigos!
Conde. A mí tal burla! bribon!

ESCENA XIV.

DICHOS, ELEGANTE 1.° *y otros señores.*

Eleg. 1.° Gran noticia.
Idem 2.° Qué es?
Idem 3.° Decidnos.
Idem 1.° La crísis ministerial
ya por fin ha concluido,
y de la Gobernacion
nombrado ha sido Ministro...
Quién direis?
Idem 2.° Veamos.
Marcelo. A ver.
Eleg. 1.° El hombre mas erudito
de la España: el señor Conde...
Todos. Qué dice usted?
Marcelo. (San Remigio!!)

ESCENA XV.

DICHOS. EL VIZCONDE. DOÑA JULIA.

Vizconde.	Cómo! mi papá?
Julia.	Qué suerte!
Vizconde.	Ya mis sueños se han cumplido.
Eleg. 1.°	Conde, mil enhorabuenas.
Idem 2.°	Y yo lo propio repito.
Idem 3.°	Al fin se premia el talento!
Marcelo.	Vaya, eche usted esos cinco. Yo lo supe antes que todos; pero me dije á mi mismo, antes que darle la nueva quiero que rabie un poquito. Yo no necesito nada; ya sabe usted que soy rico. Con que, no cayó en la cuenta? Qué lance tan divertido! Ja, ja, ja, sea enhorabuena; apriete usted esos cinco...
Conde.	(*Al Elegante 1.°*) Mas quién le dió la noticia?
Eleg. 1.°	Quién? Cuando aquí veníamos, vimos pasar al escape un coche: de pronto un grito del cochero á los caballos me los dejó paralíticos, y veo al señor Marqués, que asomado al ventanillo, me dice: «diga usté al Conde que le han nombrado Ministro.» Yo, sin oir nada mas, para venir me fatigo... y os doy tan faustas noticias.
Marcelo.	Ah! Con que el Marqués lo dijo?
Conde.	Bueno, me voy á vestir.
Marcelo.	Si quiere usté un lazarillo...
Eleg. 1.°	Repito á usted...
Conde.	Gracias, gracias, voy á informarme yo mismo. (*Vase, y tambien don Marcelo.*)

ESCENA XVI.

DICHOS, *menos* EL CONDE *y* DON MARCELO.

Eleg. 1.° Ya sabia yo que el Conde
prosperaria.

Idem 2.° Es muy digno,
y su talento... no es lástima
que sea padre político
de Dolores? Le deshonra!

ESCENA XVII.

DICHOS. DON JUAN *y* DOÑA DOLORES *por el foro.*

Juan. Miente usted, yo se lo afirmo.

Vizconde. (Esto se complica, bien!)

Eleg. 2.° Señor don Juan, no he querido...

Juan. Si es usted el que el anónimo
escribió, ó algun menguado
de los que me estan oyendo,
sabrá obligarle mi brazo
á postrarse ante la esposa
que es de virtud un dechado.
Ella por mi indiferencia,
y viendo que en los saraos
yo placeres encontraba,
y hastio siempre á su lado,
ha padecido tormentos
que todos interpretamos;
y si algun gozo su alma
feliz ha esperimentado,
ha sido yendo á una casa
do corazones hidalgos
se asociaban en secreto;
la baronesa de Castro
preside esa reunion,
con el objeto sagrado
de socorrer á los pobres
enfermos de aquellos barrios.
Allí mi esposa acudia,
y al infeliz amparando,

dulce lenitivo echaba
sobre su dolor amargo.
La baronesa y sus socias
darán á ustedes mas datos.
Yo estúpido é infame y vil,
que de su honor he dudado,
reto á muerte al miserable
que niegue su honor intacto.

ESCENA XVIII.

DICHOS. EL MARQUÉS, *por el foro derecha.*

Marques. A esa misma sociedad (*A un Elegante.*)
la madre de usted acude;
y nadie incrédulo dude
de la mas clara verdad.
(*A otro Elegante.*)
Allí tambien me he enterado
que la hermana de usted iba
en secreto, compasiva,
á amparar al desgraciado.
Ellas mismas les dirán
que se creyeran honradas
á esta señora asociadas,
y esas lenguas callarán.
Y usted que en la diversion
dejó el raciocinio muerto,
sondée con mas acierto
de su esposa el corazon,
y no con loca demencia
la falte cual simple niño
á su amoroso cariño
y á la voz de la conciencia.
Eleg. 1.° Qué controversia!
Idem 2.° Qué errores!
miseria!!

ESCENA XIX.

DICHOS. DON MARCELO. EL CONDE.

Marcelo. Paso, señores,
que va á salir el Ministro.

Marques. Cómo el Ministro!!!
Marcelo. (*Señalando al Conde.*) El qué aquí...
Marques. Usted está equivocado...
Conde. Su Magestad ha nombrado...
Marques. Ministro de Estado á mí.
Todos. A él!
Marques. Qué es esto?
Marcelo. Santo Dios!
y es cierto?
Marques. Si tal; me admiro...
Conde. (*A don Marcelo.*)
Hombre, pégueme usté un tiro.
Marcelo. Conde, pégueme usted dos!
Conde. Pero el señor me ha contado
que le dijo no sé dónde...
Marques. Diga usted al señor Conde
que Ministro me han nombrado.
Conde. Un engaño...
Eleg. 1.° Mal penetra...
entendí *le*...
Marques. Dije *me*...
Marcelo. Con que no es Ministro usté?
Conde. Y todo por una letra!!
Eleg. 1.° Es lance triste en verdad;
mas usted con sus escritos
elevados é infinitos
goza ya celebridad.
Marques. Está usted poco al corriente;
esos escritos le advierto
que pertenecen á Alberto.
Eleg. 1.° Qué dice usté?
Idem 2.° Al escribiente?
Marques. Al que por dar que comer
á una virtuosa hermana
y á una madre enferma, anciana,
se ha tenido que vender;
pues como la sociedad
se lleva de la apariencia,
en él via la indigencia
y no la capacidad:
hasta limosna imploró...
y si el Conde le ha amparado,

es por haberse apropiado
las obras que él escribió.
Esos frutos que á prolijos
goces de oro se prefieren,
y que los poetas quieren
cual las madres á sus hijos.
Frutos de la inspiracion
que el bate orgulloso siente,
luz divina de su mente,
poderosa creacion.
Contemplad la faz inquieta
del Conde por sus errores.

ESCENA XX.

DICHOS. ALBERTO. DOÑA ADELA.

Marques. Venid, Alberto... Señores,
gloria y respeto al poeta.
(*Todos se inclinan.*)
Alberto. Ah! señor Marqués...
Eleg. 1.ª Con que él...
Marcelo. Es hombre de inspiracion...
y el Conde un capigorron.
Conde. Don Marcelo?...
Marques. No sea cruel
con un hombre desgraciado.
El tambien puede gozar...
Prepárese usté á pagar
las letras que le ha endosado
lord Mansfeld.
Marcelo. Señor Marqués...
(Yo sin fondos! soy perdido!)
Marques. Usted que sacó partido
del infeliz...
Marcelo. Me arruiné.
Marques. Usted, egoista insolente,
sin corazon ni creencia...
vaya á ganar la existencia...
con el sudor de su frente;
aunque al hombre oro le sobre,
si al otro le ve sufrir

debe sus penas sentir,
no gozar en verle pobre.

Eleg. 1.° Dice bien.

Idem 2.° Tiene razon.

Idem 1.° Y usted es fuerte; aunque vetusto.

Idem 2.° Seria cosa de gusto
verle con un azadon.

Marques. Y usted que de ese infeliz
con tal rigor abusára
y sus glorias le robára
humillando su cerviz...
Ministro conspirador...
del continente la costa
justo es que pase volando...
abajo le está esperando...

Conde. El qué?

Marques. Una silla de posta.

Juan. Es nuestro padre.

Marques. Por eso
yo le mando viajar;
pues le pueden fusilar,
si en Madrid le ponen preso.
Cárlos dónde se halla?

ESCENA XXI.

DICHOS. DON CÁRLOS.

Carlos. Aqui.

Marques. Un amigo singular!...
que hasta me quiso estafar...
y lo hizo...

Eleg. 1.° Es cierto?

Marcelo. Sí.

ESCENA XXII.

DICHOS. *Un Comisario y ministro de justicia.*

Marques. Entrad, señores, entrad,
y apoderaos del señor,
por falsario, y por traidor,
y...

Carlos. Marqués!!

Marques. Bueno; marchad.

Marcelo. (Perdidos ya mis asuntos!)

Conde. (Dijo que pasar la costa...)

Marcelo. Con que va en silla...

Conde. De posta!

Marcelo. Conde, nos iremos juntos.

Marques. Y usted, mártir del honor,
alce con brio la frente,
porque es hijo de un valiente
sentenciado por error.
Yo las pruebas adquirí
de su honradez é inocencia...
la patria aquella sentencia
sabrá que fué injusta, sí:
el general enemigo
que el padre de usted venció
á la América emigró...
de su muerte fui testigo:
El me dió una comision
que juré desempeñar,
esta fué la de mostrar
la siguiente aclaracion.

(*Le dá una carta al Elegante 1.°, que lée.*)

Eleg. 1.° «Juro en este solemne momento, por la salvacion de mi alma, que el difunto coronel don Alberto Azaré fué injustamente condenado á la pena de los traidores; envidióso por haberme visto dos veces derrotado por la tropa que él mandaba, le provoqué á un duelo sin testigos; él, pundonoroso y valiente, accedió; le previne una emboscada, pues avisé á su general de que al dia siguiente el coronel Azaré venia á tratar conmigo para entregarme á sus soldados; en fin, de tal modo urdí la trama, que conseguí su muerte y su deshonra. Caiga sobre mí solo el castigo y el anatema, y devuélvase á su desgraciada familia el honor que la pertenece. Cárlos Urdino.»

Alberto. Ah! gracias, señor.

Adela. La honra de mi padre. Oh! cielo!

Alberto. A usted debo este consuelo.
Debemos á usté el honor.

Marques. De esa mision me encargué,

á España al punto escribí,
y noticias adquirí;
en cuanto á Lóndres llegué
supe que ustedes vivian
en esclavitud odiosa,
mas á su madre achacosa
de ese modo socorrian.
Supe que usted abusaba
de su infeliz situacion;
supe con indignacion
que don Cárlos me estafaba;
y supe, en fin, que egoista
don Marcelo, se burló
del que miserable vió,
del noble y honrado artista.
Y entonces medios busqué,
aunque por distintos modos,
para combatir á todos
cuantos malos encontré,
y al cabo con rectitud
logré en mi noble ejercicio
quitar la máscara al vicio
y premiar á la virtud.

Eleg. 1.ª Bravo, Marqués.

Marques. Recobrad
de vuestro honor el tesoro;
que ese vale mas que el oro;
y porque la sociedad
que antes os ha escarnecido
crea mas la estimacion
que os vuelve esta aclaracion,
oid lo que he decidido.
Yo, Marqués de San Julian,
y hoy el Ministro de Estado,
aunque el cargo he renunciado,
á usted llego con afan, (*A Alberto.*)
y en prueba de amor sincero
al mártir que en paz reposa,
le pido á usted por esposa
á su hermana, caballero.

Alberto. Oh! sí.

Adela. Dios mio!


UNIVERSITY OF MICHIGAN
3 9015 06290 4290

